

decía, cuando se me metió en la cabeza construir la capilla,—pensó Storm.—Si; era él quien tenía razón; ¡aquí están las revueltas, las discusiones, el error!»

El maestro de escuela reflexionó todavía. Después, de pie, alta la cabeza, sacó del bolsillo la llavecita brillante que abría y cerraba la capilla y la dirigió á la luz; los resplandores partieron á través de la sala.

—Aquí deposito esta llave, sobre la mesa—dijo,—y no la volveré á recoger. Veo que entra ahí, por mi falta, todo lo que había querido dejar fuera.

Abandonó, en efecto, la llave. Tomó el sombrero y fué derecho al pastor.

—Doy vivamente las gracias al pastor por haber venido á escucharme esta tarde—dijo,—porque si no hubiese sido esta tarde, ya no hubiese sido nunca.



CAPITULO V

LA CAZA INFERNAL

CREÍAN algunos que Elías no dormía en paz en su tumba; tan odiosa había sido su conducta con Karina y con el joven Ingmar. Parecía como que hubiese derrochado tanto dinero solo para torturar á todos, aun después de su muerte. Lo cierto es que había dejado su propiedad tan gravada que, si Halfoor no hubiese sido lo bastante rico para comprar de nuevo la granja y pagar las deudas, la infortunada Karina hubiérase visto reducida á cederla á los acreedores. Y las veinte mil coronas de Ingmar Ingmarsson se habían desvanecido. Algunos pre-

tendían que Elías las había escondido bajo tierra; otros, que las había dilapidado. Su desaparición solo fué advertida después del inventario; y, durante varios días, los liquidadores las buscaron vanamente.

Cuando Ingmar conoció su pobreza, se entrevistó con Karina, y le declaró que se haría maestro de escuela. Que ella le dejase en casa de los Storm, hasta que alcanzase la edad suficiente para entrar en la Escuela Normal. Allí, en la aldea, pediría al pastor y á Storm que le prestaran sus libros; además podía ayudar á éste, enseñando á los pequeñuelos á leer, lo cual sería para él un excelente aprendizaje.

Karina reflexionó un poco y le respondió:

—Probablemente, si no quieres quedarte aquí, es porque no puedes quedarte como dueño.

Cuando Gertrudis, la hija del maestro de escuela, oyó que Ingmar iba á volver, torció el gesto. Ya que debía morar un muchacho en la casa, hubiera preferido que fuese Bertil, el hijo del decano, ó Gabriel, el hijo de Hok Matts Erikson. Ger-

trudis se divertía en compañía de Gabriel ó de Bertil, porque eran alegres. En cuanto á Ingmar, la muchacha se explicaba malamente lo que por él sentía. Experimentaba cierto afecto por este buen camarada, siempre abnegado y que la obedecía como un esclavo; pero su torpeza, su lentitud, su ignorancia de todos los juegos le fatigaban á veces. Admiraba su aplicación y su inteligencia; pero su inhabilidad en desplegar sus capacidades le inspiraba al mismo tiempo algún desdén.

La cabecita de Gertrudis estaba siempre llena de ensoñaciones extrañas y de fantasías que confiaba á Ingmar. Si éste permanecía ausente algunos días, ella se encontraba sin confidente. Pero cuando volvía, la muchacha no sabía por qué le había deseado. De que Ingmar fuese rico y perteneciese á la mejor familia del pueblo, Gertrudis no parecía hacer ningún caso, tratándole más bien como á un inferior. Pero cuando se le dijo que estaba arruinado, se echó á llorar; y cuando supo que abandonaba la vieja granja y escogía la profesión de

maestro de escuela, se puso fuera de sí; Dios sabe lo que había soñado para él.

Los niños recibían del maestro una educación muy seria. Pocas distracciones y mucho trabajo. Pero cuando, en primavera, Storm dejó de predicar en la capilla, la madre Stina le dijo:

—Oye, Storm; hay que tolerar que los jóvenes sean jóvenes. Acuérdate de ti y de mí; cuando teníamos diez y siete años ¡cuántas noches bailamos desde el anochecer hasta la aurora!

Un sábado por la noche en que Hok Gabriel Mattson, y Gunhilda, la hija del decano, estaban de visita, se bailó en la escuela. Ingmar, solo, tomó un libro y se sentó en un banco junto á la ventana. Y aunque Gertrudis quiso arrastrarle muchas veces, él rehusó y permaneció esquivo y malhumorado.

—Bien se vé que es de antigua familia—dijo la madre Stina.—En las antiguas familias ya no se sabe ser joven.

Lo mucho que á aquellos muchachos les gustó la velada con su baile,

dióles la idea de ir á bailar el sábado siguiente, y preguntaron al maestro de escuela, qué le parecía.

—En cuanto á mí—dijo la madre Stina,—si váis á bailar á casa de Stark, si lo permitiré de buen grado, porque sólo encontraréis allí á personas conocidas y bien educadas.

—Permitiré que Gertrudis vaya —añadió Storm,—como Ingmar la acompañe y vele por ella.

Fueron á decirselo á Ingmar. Este, siempre con los ojos fijos en el libro respondió con un *no* muy seco.

—¡Oh! Entonces no vale la pena de hablar más del asunto—dijo Gertrudis, con voz tan extraña, que él la miró.

¡Cuán bella era, cuán bella, Gertrudis, después del baile; su belleza era tal que le amedrentaba á uno! Y ante este ser feo y tristón, que no consentía en ser joven, su menosprecio se manifestó tan claramente, que Ingmar apresuróse á decir que sí.

Unos días después, Gertrudis y la madre Stina, estaban trabajando en la cocina, cuando la muchacha vió de repente á su madre parar el huso, inquieta, y prestar oído:

—¿Oyes, Gertrudis?

—Sí—respondió Gertrudis;—anda alguien arriba, en la clase.

—¿Pero, quién será, á estas horas?

Oiáanse en efecto, en la sala vacía, pasos, frotos, algo semejante á un ruido de hojas secas, y golpes sordos.

Gertrudis y su madre se helaron de espanto.

—Seguramente anda allí cualquiera—murmuró Gertrudis.

—No puede estar nadie—respondió la madre Stina.—Y este ruido ya hace tres días que lo vengo notando.

Gertrudis comprendió que su madre no estaba lejos de pensar que desde que se había bailado allí, la casa estaba embrujada. Si á la madre Stina se le alojaba en el chirúmen esta idea, ¡adiós, bailoteos!

—Voy á ver lo que pasa—dijo resueltamente.

Pero la anciana la agarró por el faldellín.

—No sé si debo dejar que vayas.

—Sí, más vale enterarse.

—Bueno, pues entonces iremos las dos.

Subieron de puntillas, pero, en lle-

gando á la puerta, al poner la mano en la aldaba, el valor les faltó. La madre Stina se agachó y miró por el ojo de la cerradura. Miró mucho tiempo y Gertrudis, atenta, le oyó reír por lo bajo.

—¿Pues ¿qué ocurre, madre?

—Mira tú también, y no digas nada.

Gertrudis lo hizo, y hé aquí lo que divisó: las mesas y los bancos que de ordinario ocupaban toda la estancia, habían sido apartados hasta la pared; un torbellino de polvo se levantaba hasta el techo, y en medio de ese torbellino, Ingmar daba vueltas, con una silla en los brazos.

—¿Se ha vuelto loco Ingmar?—exclamó Gertrudis.

—¡Chitón!—dijo la madre atrayéndola á la escalera...—Es que quiere aprender á bailar para sacar á su pareja en el próximo baile,—añadió con una leve sonrisa de contentamiento.

Ya abajo, soltó el trapo francamente.

—¡Pues no me dió poco miedo, el chiquillo! En fin, parece que ya es un verdadero joven. ¡Loado sea Dios!

Y, cuando hubo terminado de reír:

—Ahora, de todo eso, Gertrudis— dijo,—ni una palabra á nadie.

Llegó el sábado por la noche: los cuatro muchachos estaban en la escalera de la escuela, prontos á partir, mientras la madre Stina les daba la última mano. Estaban deslumbrados; los dos chicos llevaban pantalones de piel amarillos y chalecos de estopa verde con mangas rojas. Gertrudis y Gunhilda lucían anchas mangas, abombadas y holgadas, y grandes pañuelos de seda con flores color de rosa que les bajaban hasta la cintura; y también anchos delantales, rosados como los pañuelos.

Empezaron andando en silencio, en el hermoso crepúsculo de primavera. De cuando en cuando, Gertrudis echaba á hurtadillas una mirada á Ingmarsson, pensando en el trabajo que se había tomado por aprender á bailar. ¿Fué por el recuerdo de estas danzas solitarias, ó por la esperanza del placer que iba á disfrutar esta noche? ¡Quién sabe! lo cierto es que sus pensamientos

se tornaron brillantes, ligeros, alados. Dejó á sus compañeros adelantarse unos pasos y ella iba en pos, apacible y ensoñadora. Sus ojos vagaban dulcemente, contemplando los árboles, que tan presto se habían revestido de hojas, al anuncio de la primavera. A toda prisa los abedules habían sacado sus hojitas resinosas, mientras los arces se vistieron provisionalmente de flores verdes. Las hojas de los olmos venían al mundo arrugadas y como andrajosas, mientras las de los sauces brotaban de sus yemas, derechas y enteramente lisas.

Habría una media hora larga de camino hasta Ingmarsgard, siguiendo la orilla del río. Gertrudis continuaba siempre un poco atrás. Sus pensamientos se sentían atraídos en este momento por los resplandores rojos del sol poniente que llameaba ora sobre el agua, ora en la orilla. Los pequeños alamicos verdes y los abedules claros, se envolvían á cada instante en reflejos de incendio, y después recobraban su tinte natural.

Súbitamente, Ingmar se detuvo con brusquedad, en medio de una frase.

—¿Qué ocurre?—preguntó Gertrudis.

El miraba algo distante, muy pálido; los otros no veían más que una vasta llanura cuadrículada por los cultivos y rodeada de colinas; pero en el seno de esta llanura se levantaba una espaciosa alquería y en aquel instante, el sol poniente la inflamaba con su luz moribunda, enrojeciendo el antiguo techo y las antiguas paredes.

—No le digáis nada á ese—dijo Gertudis adelantándose y arrastrando á los demás.—De dos años acá, desde que vino á ser pobre, jamás ha querido volver á estos parajes.

El camino atravesaba la llanura y se extendía hasta la morada de Stark, allegada á los bosques. Ingmar alcanzó pronto á sus compañeros de camino.

—Vamos por ahí—les gritaba.

Y les condujo por un sendero que serpenteaba al borde de la selva y conducía á la casa de Stark, sin contacto con Ingmarsgard.

—Tú debes de conocerle bien, á Stark—dijo á Ingmar, Hok Gabriel Matsson.

—Sí; éramos buenos amigos, á lo menos antaño.

—¿Sabes si es verdad que Stark sea amigo de los Trolls?—preguntó Gunhilda.

—No, no—respondió Ingmar con el aire de no estar convencido más que á medias.

—Bien puedes contar lo que sepas, hombre—prosiguió Gunhilda.

—El maestro nos ha dicho que no debíamos dar crédito á estas cosas.

—El maestro no puede impedir que uno vea lo que vé y crea lo que sabe.

Ingmar sintióse poseído de un gran deseo de hablar; al ver la vieja granja, todos sus recuerdos de infancia habíanse agolpado á su corazón.

—¡Pues bien! Voy á contaros algo de que he sido testigo. Fué en invierno. Padre y Stark trabajaban en las carboneras, muy adentro de la selva. Cuando se acercó la Navidad, Stark se ofreció á quedar solo, á fin de que padre pudiese bajar á casa, á pasar las fiestas. Así se decidió. La víspera, madre, me mandó hacia ellos con las provisiones de Navidad. Partí muy de mañanita y al mediodía llegué á la calvera. Pa-

dre y Stark habían derribado su pila, ya carbonizada, y diseminado los carbones rojos, para dejarlos enfriar. El humo subía y era preciso vigilar, para evitar un incendio donde los carbones se tocasen. Era este el momento más difícil de toda la faena. Por eso desde que me divisó, padre me dijo: «Mucho me temo que tendrás que volverte solo á casa; no creo que pueda abandonar á Stark».

—«Si, hombre, sí—replicó Stark, enteramente envuelto en la humareda.

—¡No será la primera vez ni la segunda, Gran Ingmar, que cuide de eso á solas!»

Al cabo de algún tiempo los carbones empezaron á humear menos.

«Veamos ahora, dijo Stark, lo que madre Brita me ha mandado; y tú ven, pequeño, á admirar la bonita casa que aquí tenemos tu padre y yo.» Mostróme la cabaña en que se albergaban. Una roca formaba su fondo y las paredes estaban tejidas de ramas y de helechos. «Héla aquí, muchacho. ¿Te figurabas que tu padre tenía un castillo real para sus estancias en el bosque?... ¡Hé aquí unas paredes que resisten el frío y

la tempestad!» Y, diciendo estas palabras, las atravesó de un puñetazo.

«Padre nos seguía, riendo. Los dos estaban negros de carbón y olían al humo acre de las fogatas. Pero jamás he visto á mi padre tan alegre y de tan buen humor. Ni uno ni otro podían estar de pie en la choza. Allí había solo dos camastros de ramas de pino y un par de piedras en que ardía un poco de fuego. Esto no impedía su contento. Sentáronse uno al lado de otro, y abrieron el cesto de provisiones:—«No sé si encontrarás abí tu parte—dijo Stark á padre,—porque eso no es más que para mí; es mi cena de Navidad.»—«Preciso será conformarse, tratándose de la vispera de Navidad»—prosiguió padre.—«Día es este en que no debe dejarse morir de hambre á un viejo carbonero»—respondió Stark.—Así conversaban; yo había traído un poco de aguardiente, y me asomé de que pudiesen alegrarse tanto de comer y de beber.—«Dirás á tu madre—dijo Stark,—que el Gran Ingmar se lo zampó todo y que necesito que me provean de nuevo.»—«Esa es la verdad»—dije.

»En este momento, me estremeci; oyóse un ruido extraño en el fuego chiquito que había en la choza; parecía que alguien hubiese echado una lluvia de arenisca en las piedras que formaban el fogón. Padre no lo notó, pero Stark, dijo inmediatamente:—«¡Ah, muy bien; muy bien; ya comprendo!»—Y continuó su comida. El mismo chasquidar se reprodujo con más fuerza. Hubiérase dicho esta vez que un puñado de piedras fué lanzado contra el fogón.—«¡Ah, parece que llevamos prisa!»—murmuró Stark, saliendo.—«¡Eso es—gritó desde fuera,—en los carbones hay fuego! Quédate ahí, Gran Ingmar; voy á sofocarlo solo.»—Padre y yo permanecemos silenciosos, porque no teníamos muchas ganas de hablar. Después, Stark entró y se puso á bromear de nuevo:—«¡Hacia mucho tiempo que no había pasado tan alegre Navidad!

»Pero en esto, el ruido extraño volvió á dejarse oír:—«¡Vamos, otra vez!»—Volvió á salir; el fuego había prendido de nuevo. Cuando volvió, padre le dijo:—«Veo que tienes buenos compañeros que te ayudan, y que

puedes pasarte de mí.»—«Sí; vó sin temor á celebrar la Navidad; tengo por ahí buenos amigos.»—Todo marchó bien esta vez; y nunca, ni antes ni después, se ha oído decir que una carbonera se le incendiase á Stark.

Gunhilda dió las gracias á Ingmar por su historia; pero Gertrudis guardó silencio, vagamente espantada. Caía el crepúsculo. Todo lo que se había cubierto de púrpura se fundía ahora en matices grises y azules, menos algunas hojas cuyo brillo primaveral lucía todavía como el ojo encendido de un troll.

Gertrudis no volvía de su asombro de que Ingmar hubiese hablado tanto rato. La cabeza del muchacho estaba ahora enhiesta; su paso era más firme.—«Se convierte en otro hombre, en cuanto tiene bajo sus pies la tierra de su hacienda»—pensó la muchacha. No comprendía por qué este pensamiento le inquietaba y le causaba tanto malestar. Quiso reaccionar contra esta impresión, y le preguntó, bromeando, si iba á bailar.

Las dos parejas habían llegado delante de una casuca muy chica,

en que la luz estaba ya encendida, como lo probaba la claridad que dejaban escapar las angostas ventanas. Salían de allí sonos de violín y el ruido de pies que bailaban.

Las chicas quedaron un poco cortadas.

—¡Cómo! ¿Esto es el baile?

La cabaña parecía poder contener á lo sumo dos ó tres personas.

La puerta se abrió y vióse avanzar á gente joven cuyo rostro, encendido por la danza, estaba encarnado como la brasa. La primera persona conocida que les salió al paso, fué Stark, hombrecillo panzudo, de gruesa cabeza y luenga barba, de modo que Gertrudis pensó enseguida:— «Debe de estar emparentado con los Trolls». El viejo Stark se mantenía junto á la chimenea, con el violín al brazo, para dejar sitio á los bailarines.

La casa era más grande, en efecto, de lo que se hubiera podido imaginar; pero su pobreza, su estado ruinoso, sus paredes desnudas, atacadas por los gusanos; las vigas del techo ennegrecidas por el humo; su ventana sin cortinilla, y su mesa sin tapete,

bastaban para probar que el buen Stark vivía solo. Sus hijos habían partido para América, y el viejo solitario no conocía otro placer que el de atraer á la juventud, los sábados, á los sonos de su violín.

El cuarto estaba en una media obscuridad; las parejas se movían en un pesado ambiente. Stark marcaba fuertemente el compás. Pero cuando Ingmar apareció bajo el dintel de la puerta, dió tal golpe de arco, que todo el instrumento chirrió, y los bailarines se detuvieron bruscamente.

—¡No, no!—gritó.—¡No pasa nada! ¡Continuad!

Ingmar había extendido el brazo alrededor de la cintura de Gertrudis, y Gertrudis aparentó asombrarse. Pero las parejas seguían tan apretadas, que no había manera de deslizarse entre ellas. Stark se interrumpió de nuevo, y golpeando con su arco el borde de la chimenea:

—¡Quiero—exclamó—que se haga sitio al hijo del Gran Ingmar, cuando venga á bailar á casa!

Todos se volvieron y miraron á Ingmar, quien se sintió intimidado.

Fué preciso que Gertrudis le cogiera vivamente y le arrastrase á bailar con ella.

Después del baile, el amo de la casa se le acercó, pero cuando Ingmar puso su mano en la suya, pareció que el viejo temiese tocarla.

—¡Cuidado!—dijo.—¡Cuidado con esas manos delicadas de maestro de escuela! Un hombre tan brusco como yo, podría estropearlas.

Condujo á Ingmar y á sus compañeros á la mesa, de la cual se separaron en seguida algunas personas mayores que se habían sentado allí para divertirse con el espectáculo de la danza; luego fué á buscar al armario pan, manteca y cerveza.

—De ordinario—dijo,—no invito á condumio alguno. En mi casa hay que contentarse con el baile y con el violín. Pero Ingmar Ingmarsson no partirá de aquí sin haber tomado alguna cosa bajo mi techo.

Mientras los muchachos comían, adelantó su taburete y se sentó frente á Ingmar.

—¿Eres tú—le dijo mirándole fijamente,—eres tú el que fué á hacerse maestro de escuela?

Ingmar bajó los párpados; sus labios temblaron ligeramente, como si tuviese gana de reír; pero respondió con voz triste:

—No hay trabajo á propósito para mí en casa.

—¡Ah, de veras, no tienen trabajo para ti! ¿Quién te asegura que la granja no va á necesitarte un día? Elias vivió en ella dos años. ¿Cuántos años vivirá Halfoor?

—Halfoores hombre robusto y sano.

—Pero abandonará la granja en cuanto puedas comprarla.

—Para abandonar Ingmarsgard poseyéndolo, necesitaría estar loco.

Mientras hablaba, Ingmar apretaba entre sus dedos el borde de la mesa, de la robusta mesa de madera de pino; y oyó un crujido, porque el canto que apretó acababa de romperse.

—Si te haces maestro de escuela, —prosiguió Stark con una mano en el aire,—Halfoor no te dejará la granja nunca.

—¿Por que?—dijo Ingmar.

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Has seguido alguna vez un arado?

—No.

—¿Has vigilado una carbonera, derribado un pino viejo?

Ingmar conservaba su apariencia de placidez, pero el borde de la mesa no cesaba de crujir bajo sus dedos.

—¡Eh!—dijo el viejo;—me parece que me vés á obligar á que te sujete la mano.

Recogió los pedazos de mesa, y buscó el lugar de que habían sido rotos.

—¡He aquí un mozo que podría ganar dinero exhibiéndose en las ferias!... ¡Señor!—añadió, golpeando la espalda de Ingmar,—¡valiente aire de maestro de escuela tienes tú!

Lanzóse nuevamente hacia la chimenea, volvió á tomar su violín, y empezó á tocar, con un brío verdaderamente admirable. Su pie, que marcaba el compás, precipitaba la danza.

—¡La polka del joven Ingmar!—gritaba.—¡Vivo, vivo! ¡Toda la casa danza en honor del joven Ingmar!

Gertrudis y Gunhilda, que eran las dos muchachas más lindas, no perdían baile. En cuanto á Ingmar se mantenía hacia el fondo de la ha-

bitación, con las personas mayores, sentadas en círculo á su alrededor, mirándole, como si, con solo verle, se llenasen de contentamiento. La idea de que Ingmar la olvidaba atormentó á Gertrudis: «Todo le recuerda aquí que es el hijo del Gran Ingmar—pensó—y que yo no soy más que la hija del maestro de escuela». Y le pareció singular que este pensamiento le fuese tan amargo.

Entre danza y danza, la gente joven salía á respirar aquella noche primaveral, cuya frescor picante la reanimaba. La noche era sombría, y nadie tenía ganas de irse. Todos decían:—Quedémonos otro momento. La luna saldrá pronto. Ahora es todavía demasiado obscuro.

Ingmar se había juntado nuevamente con Gertrudis, pero Stark vino á buscarle.

—Voy á enseñarte una cosa—le dijo.

Le tomó por la mano, y por un atajo, le condujo á la trasera de la casa.

—Detente, y mira abajo.

Ingmar hundió los ojos en una enorme hondez, en cuyo fondo se distinguía una indecisa blancura.

—Esto es el torrente, es el Langforsen.

—Claro que es el Langforsen—dijo Stark.—Y, dime, ¿qué te parece que podría hacerse con una corriente tan rápida?

—¿Qué sé yo? ¿Una carpintería donde aserrar madera? ¿un molino?

El viejo se echó á reír, y llenó á su compañero de codazos y de mojicones cariñosos, que por poco le echan al torrente.

—¿Y quién va á construir la carpintería en Langforsen? ¿Quién va á enriquecerse aquí? ¿Quién comprará Ingmarsgard?

—Lo ignoro—dijo Ingmar.

Entonces el viejo le explicó un vasto proyecto que había meditado, porque, de dos años á esta parte, sus pensamientos no tenían más que un objeto: encontrar un medio por el cual el hijo del Gran Ingmar rehiciera su fortuna. El muchacho decidía á Tims Halfoor, á quien pertenecían aquellas tierras, á que instalase la carpintería junto al torrente, y á que se la arrendara.

Ingmar continuaba mirando la vaga blancura de las aguas.

—Vamos, volvamos ahora al baile—dijo Stark.

Ingmar no se movió, y el viejo esperaba pacientemente:—Es de la vieja raza—pensó;—no sabré su respuesta hoy ni mañana.

Mientras estaban hablando, oyeron un agudo ladrido, un ladrido salvaje, de un perro que corría en el bosque.

—¿Oyes, Ingmar?

—Sí, oigo correr á un perro.

El ladrido se acercaba, galopaba derechamente hacia ellos, y se multiplicaba como si se aproximase una jauría.

Stark agarró á Ingmar por el puño.

—¡Ven aprisa!

—¿Qué pasa?—preguntó Ingmar.

—¡Vamos dentro, y cállate!

Mientras se precipitaban al interior de la casa, los ladridos dejáronse oír muy cerca.

—¿De qué perro se trata?—preguntó repetidas veces Ingmar.

—¡Entra! ¡Entra!

El viejo le empujó hacia el vestibulo y cerró la puerta á toda prisa.

Pero, antes de cerrar:

—¡Si alguien está aún fuera—gritó con voz tonante—que entre!

Y por la puerta que se entreabría, fueron llegando los dispersos de todas partes.

—¡Entrad! ¡Entrad!—repetía golpeando el suelo con el pie.

Reunidos en la cabaña comenzaban á inquietarse y á impacientarse por su ignorancia.

Al fin, cuando todos estuvieron dentro, el viejo corrió el cerrojo, y dijo:

—¿Estáis locos? ¡Entreteneros por ahí cuando se oye al perro de la montaña!

En el mismo instante un aullido resonó en sus oídos, duro y terrible.

—¿Es un perro de verdad?—preguntó un criado.

—Llámale si te apetece, Nils Jansson.

Todos escuchaban en silencio el aullido que giraba, giraba sin cesar alrededor de la casa. Les pareció fúnebre: un escalofrío les recorrió la piel, y muchos se tornaron pálidos como muertos. ¡Oh, no; no era un perro como los otros! ¡Era segura-

mente algún horror, escapado de las tinieblas infernales!

El viejo era el único que se movía en la estrecha morada. Tiró de la corredera de la chimenea; apagó enseguida todas las luces.

—¡No! ¡No!—suplicaban las mujeres.—¡No apaguéis!

—Voy á portarme lo mejor que sepa—respondió.

Una de ellas le tiró por la chaqueta.

—¿El perro de la montaña es pues muy dañino?

—Él no; lo que le sigue.

—¿Y qué es lo que le sigue?

El viejo, inmóvil, escuchó.

—¡Atención!—gritó.—¡Callaos todos!

Hasta las respiraciones se detuvieron. El ladrido dió la vuelta á la casa, una vez más, luego disminuyó en fuerza. El perro parecía descender por la pendiente del otro lado de la montaña.

Uno de los hombres no pudo contenerse, y dijo:

—¡Ya el perro se fué!

Sin decir una palabra, Stark levantó el brazo y le propinó un mo-

jicón en la boca. Y todo volvió á quedar en silencio.

Entonces, desde lejos, desde muy lejos, desde las alturas del Klacgberg, una nota poderosa rompió la noche; pareció una ráfaga sonora ó un son de cuerno. La misma nota estalló prolongándose, luego resonó otra vez seguida como de un pisoteo ó de un descenso rápido. El espantoso rumor se precipitó de las crestas; hubiérase dicho que la montaña se hundía y que el trueno rodaba á través del valle. Oyóse sobre las vertientes; oyóse como bordeando la selva, y cuando aquellas gentes reunidas en la casuca lo oyeron sobre sus cabezas, se inclinaron, y hundieron las cabezas en los hombros. «Vamos á ser aplastados», se decían. Pero les parecía menos horrible la idea de la muerte, que la de que el Príncipe de las tinieblas galopase ahí con su cortejo infernal. Y, en su espanto, creyeron oír gritos, sollozos, rechinar de dientes: aquello silbaba, mugía, aullaba, chirriaba; distinguíanse estallidos, voceríos, extrecimientos de grandes alas. El suelo temblaba; la casa vaciló un instante, pronta á caer.

Un brazo había rodeado la cintura de Gertrudis, y la muchacha oyó que Ingmar murmuraba:

—Arrodillémonos, Gertrudis, y oremos á Dios.

Ella estaba aún helada de espanto, menos por el miedo á la muerte que por oír á su alrededor tantas potencias misteriosas. Pero, apenas sintió en su cintura el brazo de Ingmar, se reanimó. Estrechóse contra el joven. Mientras él la sostuviese, el temor nada podía en su alma. Y esta seguridad, que le venía de Ingmar, era tanto más extraña, por cuanto Ingmar, por su parte debía de tener miedo.

Al fin el atroz estampido se alejó por el mismo camino que el ladrido había bajado, sobre la otra vertiente de las montañas. Pero, en la casa de Stark nadie se movía. Perduraba el mismo silencio y la misma inmovilidad. A no ser el ruido ligero de una respiración ó de un suspiro, se hubiera dicho que toda vida estaba extinguida. Algunos, de pie, apoyábanse en la pared; otros, se habían desvanecido sobre los bancos; la mayor parte, arrodillados, rezaban

ansiosamente. Las horas se deslizaban; cada cual descendía en sí mismo, se sondeaba el alma; tomaba la resolución de practicar una vida nueva, más cerca de Dios, más lejos de sus enemigos. Y cada cual se decía:—Esto me acontece á causa de mis pecados. ¡Bien he oído á los malignos que pasaban burlarse de mí, y decir mi nombre!—Pero Gertrudis no tenía más que un designio en el corazón:—Ahora sé que no podré vivir separada de Ingmar, y que siempre deberé estar á su lado, por la gran seguridad que me viene de él.

Comenzó á amanecer, y las débiles claridades del alba, penetrando en la habitación, iluminaron las caras pálidas. De cuando en cuando trinaba un pájaro; la vaca de Stark dió un balido, en dirección á sus pastos; y el gato, que en las noches de baile no dormía jamás en el interior, maulló ante la puerta. Pero nadie se atrevió á moverse, antes que el sol se hubiese levantado, tras de las montañas del Este. Entonces, sin decirse adiós, huyeron uno tras otro.

Apenas hubieron dado los primeros pasos fuera de la cabaña pudieron ver todo el horror de la destrucción. Un gran pino que se levantaba ante la puerta había sido descuajado; las planchas de las vallas yacían diseminadas en desorden; algunos buhos y murciélagos se habían aplastado contra las paredes de la casa, y, en la cuesta del Klackberg, los árboles abatidos formaban una especie de camino largo. Nadie se atrevería á detenerse para contemplar esta destrucción, y todos se apresuraban á descender hacia los terrenos de labranza ó hacia poblado.

La mañana triunfaba á su alrededor: una muy hermosa mañana dominguera. La gente se levantaba muy tarde; sin embargo ya, aquí y acullá, alguien cuidaba de dar la comida á las bestias. A la puerta de una casa, un anciano se ocupaba en cepillar su traje de ir á misa. Más lejos, el padre, la madre y los chicos salían endomingados y se marchaban á visitar á unos amigos del vecino pueblo. Verdaderamente consolaba encontrar á personas enteramente ignorantes

del horror acontecido la noche pasada en el bosque.

Los que venían del baile llegaron por fin junto al río, á lo más poblado. Y se sintieron dichosos al volver á ver la iglesia y al encontrarlo todo como de ordinario. La muestra del especiero chirriaba como siempre. El correo no había cambiado de lugar y el perro del posadero dormía ante la perrera. Habían sido colocados los bancos de estío en el jardín del pastor; es más, durante la noche, le habían salido brotes á un cerezo silvestre.

Sintiéronse más tranquilos; sin embargo, nadie chistó antes de llegar á casa.

Cuando Gertrudis se encontró en la escalera de la escuela, dijo á Ingmar:

—Ingmar, esta es la última vez que bailo en mi vida.

—Y yo—respondió el joven.

—Ingmar—continuó ella—házte pastor. Si no puedes, házte al menos maestro de escuela. ¡Hay en el mundo tantas tinieblas y tanto mal que combatir!

Ingmar miró á Gertrudis.

—Gertrudis, ¿qué te han dicho las voces?

—Que había caído en las tinieblas del pecado y que el diablo me agarraría porque amaba demasiado la danza.

—Ahora—dijo Ingmar—ahora soy yo quien va á decirte lo que ha oído: me ha parecido que todos los viejos Ingmarsson me amenazaban y maldecían, porque pensaba hacerme otra cosa que un labriego y trabajar otra cosa que el bosque y la tierra.